

se aseguraba que no se prescribirian mas límites en favor de la Santa Sede que aquellos que fuese necesario para no separarse de las máximas del reino que cabalmente eran el principio de la guerra continua que en la Francia se hacia contra la Santa Sede, y que sin cesar estaba amenazando al reino cristianísimo con el cisma y la herejía. Llamábase tambien la atencion hácia el miramiento que el regente habia tenido con los derechos de los obispos; pues cuando se condenó la *Memoria sobre la paz de la Iglesia*, el príncipe habia exigido del fiscal que en su discurso dijera que los magistrados debian dejar á los obispos el conocimiento de lo relativo al fondo de la doctrina. En efecto, esta cláusula se habia insertado literalmente en el discurso, y al tenor de ella espidió el tribunal el decreto, en consideracion á las instancias de los ministros del rey.

Mas todo esto aun no contentaba al Papa. Quería que se declarasen nulas y abusivas las apelaciones prohibiéndose además la interposicion de ninguna otra. «Si el rey no lo hace, decía el Papa, yo me veré en la precision de hacerlo.» Casi otro tanto decía respecto á los decretos de los parlamentos que hubieran podido causar alguna queja á los obispos por lo tocante á negocios eclesiásticos. Finalmente, la aceptacion del cardenal de Noailles seguia inspirándole inquietudes. Dubois convenia en que efectivamente faltaba algo para el restablecimiento de la paz; pero al mismo tiempo demostraba la imposibilidad de obtener de pronto ninguna otra cosa mas del cardenal de Noailles, y empeñaba su palabra de dirigir todos sus esfuerzos para llevar el acomodamiento á su última perfeccion. El Papa esperó.

En rey dió en 4 de agosto una declaracion para autorizar la reconciliacion y prohibió que se hablara contra la bula, contra la Instruccion de los cuarenta, y contra las nuevas esplicaciones. El punto principal era que se registrasen estas letras-patentes. Con este

objeto fueron dirigidas en 18 de agosto al parlamento de Paris, que por este tiempo acababa de ser trasladado á Pontoise. Mas apenas fueron puestas en manos de los comisionados régios, cuando el regente tuvo noticia de que el parlamento estaba resuelto á no registrarlas sino con algunas modificaciones. Casi al momento (el 17 de setiembre) envió á Pontoise un secretario de Estado para que las recogiera de manos de los comisionados. El designio del príncipe era presentarlas al gran Consejo, llamar á este tribunal todas las causas que tuvieran relacion con la bula, y quitar el conocimiento de ellas al parlamento de Paris. El rey espidió en efecto en 15 de setiembre letras-patentes, autorizando al gran Consejo para llamar á sí y juzgar todas las contestaciones habidas y por haber con motivo de la constitucion *Unigenitus*. Por lo tanto, el regente, acompañado de todos los príncipes de la sangre y de las personas mas notables del reino, se constituyó personalmente en el gran Consejo en 23 de setiembre. Aun aqui se presentaron algunas dificultades para el registro; pero el príncipe contestó á ellas y pudo disiparlas. La mayoría de los votos le fué favorable, y al fin las letras-patentes quedaron registradas.

Despues de un paso tan ruidoso y tan favorable para el cardenal de Noailles, se creía que este no tendria ya inconveniente en publicar su edicto ó pastoral; y sin embargo, declaró que no se daba por satisfecho, y que era indispensable que se registrasen las letras-patentes en el parlamento. Esto consistia en que los individuos de este tribunal, resentidos de que el regente hubiese retirado de allí su declaracion, y deseando vengarse de ello, se habian coligado con el cardenal, que á su vez habia prometido no espedir su edicto de aceptacion sino despues del registro del parlamento, el cual por su parte, habia prometido sin duda no consentir que el cardenal fuese molestado. El abate Menguy, consejero acreditado en su compañía, habia sido el agente de

esta intriga. El cardenal, manifestando mas celo por cumplir compromisos reprobables que por enmendar sus errores, se resistió á todos los ruegos, y por consiguiente se llegó al término de las amenazas. Como el efecto de estas debia ser fatal para el parlamento, los mismos que aconsejaban al de Noailles la resistencia, se apresuraron á hacerla cesar. Los magistrados, aburridos de su largo confinamiento en Pontoise, suspiraban por volver á Paris. Acudieron, pues, al cardenal solicitando que cediera hasta por su propio interés, y el mismo Menguy, que era quien habia formado la alianza verificada en setiembre, fué el primero en aconsejar al arzobispo que la rompiera. Despues de dos meses de resistencia, cedió al fin, y dirigió en 16 de noviembre al regente algunos ejemplares de su edicto de aceptacion que publicó de allí á pocos dias, remitiendo ejemplares á todos sus párrocos y á todos los obispos. En 4 de diciembre el parlamento, residente aun en Pontoise, registró pura y sencillamente la declaracion del 4 de agosto, en virtud de lo cual pudo regresar á Paris. Los obispos adictos al cardenal, que aun no habian publicado sus edictos de aceptacion, lo fueron haciendo sucesivamente. Mas al propio tiempo volvieron á reiterarse las apelaciones, á pesar de haber sido prohibidas por la declaracion: los obispos de Senes, Montpellier, Boloña y Mirepoix, los mismos que en 1717 habian dado la primera señal, volvieron á darla en 1720; Boursier fué el que redactó su acta de apelacion, y su ejemplo halló imitadores. Sin embargo, los manejos de estos llamaron la atencion del gobierno, y el Consejo suprimió por medio de un decreto los edictos de los cuatro obispos concernientes á renovar la apelacion. El parlamento de Paris prohibió tambien una lista de reapelantes asi como un escrito que incitaba á aumentar su número, y los mas ardientes de los que figuraban en la lista fueron condenados á destierro. Tomáronse asimismo algunas severas providencias contra la facultad de teología,

que seguia dirigida por los de la oposicion. Los doctores que habian sido espulsados de ella, únicamente porque no eran favorables á las novedades, volvieron á ser llamados á su seno por medio de una Real orden, y por otra quedaron separados nueve ó diez doctores de los mas turbulentos, entre ellos Boursier, que era considerado como agente principal de todas sus maniobras: el síndico fué tambien depuesto y sus funciones quedaron provisionalmente encargadas al doctor Romigny. La Facultad reclamó contra estos actos de la autoridad, y trató de interesar en su favor al parlamento; pero no tuvo mas remedio que obedecer.

Remitiéronse al Papa ejemplares de todos los actos de la reconciliacion. El regente confesaba que la forma bajo la que el cardenal habia aceptado, no estaba conforme á las reglas ordinarias; pero prometia que así que Clemente XI le indicara los defectos, no omitiria diligencia alguna para remediarlos. Asi que el Papa examinó aquellos documentos, declaró que no podia darse por satisfecho, añadiendo que el cardenal, en el preámbulo de su edicto, renovaba en cierto modo las proposiciones de 1682; que en su aceptacion restringia la bula en términos formales; que no atribuia ningun error al libro ni á las proposiciones censuradas; que no retractaba ni su circular á los párrocos ni sus apelaciones, ni su Instruccion pastoral; y que en vista de todo esto, no le era posible á la Santa Sede contentarse con lo hecho.

No dejó de causar alguna sorpresa el oír decir al Papa que en la fórmula de aceptacion del cardenal quedaba restringida la bula en términos formales. Consultáronse los ejemplares que la córte le habia remitido, y no se hallaron en ellos las espresiones de que el Pontífice se quejaba, y hasta se encontró entre las Memorias remitidas por el regente un extenso documento en que el obispo de Soissons se esforzaba en probar que la aceptacion no

era en modo alguno restrictiva. Pero cesó la sorpresa al saber que había dos ediciones del edicto y que la una era diferente de la otra. Al mismo tiempo que el edicto se estaba imprimiendo en la imprenta Real, el cardenal de Noailles mandaba hacer secretamente otra edición en sentido positivamente restrictivo; pero no pudo hacerlo tan en secreto que el Papa no recibiera también algunos ejemplares de ella.

Costóle trabajo al regente comprender la conducta del cardenal de Noailles; pero ya no le fué posible tener ninguna duda acerca de ella. Teniendo el príncipe los dos diferentes ejemplares en la mano habló sobre ellos al cardenal. Este negó que la segunda edición fuese suya: el regente le instó á que escribiese al Papa dándole las mismas seguridades; pero el de Noailles nunca quiso avenirse á dar este paso. El príncipe le preguntó si se hallaba en ánimo de acabar de satisfacer al Papa, y el cardenal se lo aseguró terminantemente. En vista de esto se preguntó al Papa por qué medios juzgaba que podía remediarse el mal, y este respondió que sería conveniente que el príncipe se comprometiera á obtener del rey que procurase poner en ejecución la carta que Luis XIV había escrito á Inocencio XII, relativa á las proposiciones de 1682. Añadió que sería también necesario que el cardenal de Noailles le dirigiese una carta en el mismo sentido que la que había escrito en 1711. Por el primero de estos dos medios trataba la corte romana de remediar lo que el cardenal había dicho en su edicto á favor de las proposiciones de 1682; y por el segundo, que quedarán enmendados los defectos de aceptación por parte del prelado, mediante una carta en que diera terminante satisfacción de ellos. Clemente XI añadió que él daría la minuta de las cartas que pedía y de las respuestas que á ellas había de dar. Por último, decía: «Elija el cardenal de Noailles la persona que quiera para tratar de sus intereses cerca de

mi; yo acepto de antemano al que se me presente á tratar en su nombre.» El regente, participando de las mismas intenciones del Papa, juzgó que la obra de la paz no estaba ya lejos de consumarse. Al mismo tiempo el cardenal de Rohan escribía que, faltando aun algo para la tranquilidad de la Iglesia, se ponía en camino para Roma para ver si le era posible dar feliz cima á un asunto de tanta gravedad. Pero un triste suceso, la muerte de Clemente XI, vino á impedir que se consumase la paz.

Considerando los motivos que hacían obrar al cardenal de Noailles, se vé que su conducta, aunque inesplicable á primera vista procedía de que contaba con el parlamento, así como este contaba con él. Este prelado, que ni por las advertencias ni amenazas del Pontífice ni por los ruegos y exhortaciones de casi todo el episcopado, se había querido avenir á aceptar la bula *Unigenitus*, se manifestó dispuesto á ceder cuando vió que Dubois estaba dispuesto á echar por tierra esta magistratura, si su resistencia se prolongaba. Había también prometido expedir su edicto de aceptación desde el momento que se registrase en el parlamento, sosteniendo que el registramiento del gran Consejo no era suficiente, lo que al fin había llegado á persuadir á los demás. Entonces fué cuando Dubois, cambiando de plan, arastró en pos de sí al regente, que en un principio había adoptado con el mayor calor la idea de desembarazarse del parlamento. Esta magistratura indócil, viéndose ya á punto de ser desterrada á Blois, comprendió que el registramiento sería el precio con que podría comprar su regreso á Paris desde Pontoise. En vista de esto, se decidió á convenir en él; y el cardenal de Noailles, para salvar al tribunal secular que citaba ante sí á los obispos, y los condenaba y hasta ultrajaba, cedió como ya hemos dicho á las exigencias del regente. Sumisión engañosa! Supuesto que si en el edicto público no admitía ninguna restriccion,

era positivamente restrictiva en el edicto clandestino.

En medio de las amarguras que le causaban esta triste paz y estas escandalosas negociaciones, murió Clemente XI, hallándose en los setenta y dos años de edad y en el veinte y uno de su laborioso pontificado.

Clemente XI murió como un Santo, cual había vivido desde su primitiva juventud (1). Pocos dias antes de morir pareció que Dios se había servido darle un aviso particular de su próximo fin. Mandó llamar á su presencia á un prelado que habitaba en el campo y á quien honraba con su confianza; y le dijo: *Yo toco ya los últimos dias de mi vida; no tardareis en verlo con vuestros propios ojos.* De allí á siete dias, el 17 de marzo, tuvo un acceso de fiebre, con una pesadez de cabeza que le obligó á guardar cama. Sin embargo, los médicos le aseguraron, aunque sin poder persuadirle, que su enfermedad no ofrecía nada de peligro. Al dia siguiente los mismos médicos pensaban ya de otro modo, pues el mal que había estado oculto se presentó con tal violencia, que á las pocas horas le juzgaron mortal. Como la fé del enfermo era bien conocida de cuantos le rodeaban, no hubo reparo en anunciarle sin rodeos el peligro en que se hallaba, y lejos de manifestar por esto pesadumbre de ningún género, mostró aquella viva satisfacción que siente el proscrito á quien se anuncia el próximo fin de su destierro. En el mismo instante mandó llamar á su confesor, y le hizo una confesion general de sus pecados, mejor diremos, imperfecciones de toda su vida, y luego con la misma serenidad que si estuviese ocupado en disponer los preparativos para su coronacion, ordenó por sí mismo todo lo que había que hacer para administrarle los últimos sacramentos con el aparato de decencia y pública edificacion posible. Empero, por mas

(1) *Vida de Clemente XI*, l. 3, p. 212 y sig.

imponente que pudiera ser esta augusta ceremonia, lo mas edificante sin duda ninguna fué la angélica piedad del primer pastor, bien digno de servir de modelo á toda su grey. Despues de la ceremonia hizo llamar á su sobrino el cardenal Albani, y le habló de este modo: «Contempladme bien y ved en lo que vienen á parar todos los honores de este mundo. Nada hay grande sino aquello que lo es también á los ojos de Dios: no os afaneis nunca mas que por esa santa y sólida grandeza.» Palabras llenas de una sencillez sublime y que pueden ser consideradas como el mas digno testamento de un Papa.

La noche del 18 al 19, durante la cual sufrió los dolores mas continuos y agudos, no fué para él mas que una abundante cosecha de méritos, y con los cuales no mezcló ni una sola queja. Al dia siguiente estuvo hablando con su pariente el piadoso cardenal de Olivieri, acerca de la poderosa intercesion de san José respecto de los moribundos que le han honrado durante la vida. «Siempre le he considerado, dijo el Pontífice, como mi protector especial para con nuestro Señor, y toda mi vida he deseado morir el dia de su festividad. Hoy es precisamente el dia en que la Iglesia lo celebra, y tengo una firme esperanza de que mis deseos van á cumplirse muy en breve.» Tales fueron sus últimas palabras. El Pontífice espiró en aquel mismo dia, 19 de marzo de 1721, despues de una breve y dulce agonía. La conservacion de su vida en medio de sus inmensos trabajos y de sus enfermedades, á saber: tres hernias, una asma violenta y llagas abiertas por todos lados en las piernas, suministra una nueva prueba de la providencia con que Dios vela por la santa Iglesia romana, y especialmente de una providencia cuidadosa y atenta á no conceder por lo comun largos pontificados, sino á los mas dignos Pontífices.

Para convencerse de la esactitud de esta observacion respecto de Clemente XI, bastará

recordar la reputacion de virtud y de capacidad que universalmente gozaba cuando subió, ó mas bien cuando á la fuerza se le arrastró al trono pontificio. Los honores, á la verdad, cambian frecuentemente las costumbres. No hablamos de placeres sensuales, porque en este punto ni aun sus mas encarnecidos enemigos, es decir, los enemigos que en su tiempo tuvo la Iglesia, porque él no tenia otros, jamás se han atrevido á acusarle por este lado. La calumnia en este punto hubiera desacreditado á los mas hábiles calumniadores. En cuanto á las comodidades de la vida, Clemente XI vivió mas bien como anacoreta que como príncipe ó como Papa. Desde el principio de su pontificado destinó quince sueldos diarios para su mesa y nunca pasó de esta suma.

En cuanto á los atractivos de la grandeza y á la suntuosidad del fausto, siempre los miró con tanto horror, que se privaba hasta de las cosas mas necesarias para su persona, y fué tan pobre como puede serlo un Papa sin faltar á la decencia. No tenia mas ropa que la muy indispensable, y vivía en una completa desnudez respecto á las demas cosas. Se intentó, segun la costumbre, añadir á los cuadros que adornaban su palacio, algunas pinturas que representasen sus grandes acciones, tan dignas de servir de ejemplo á sus sucesores; pero él se opuso á ello con una emocion nada comun en él. «Mis acciones, dijo, no merecen mas que el olvido, y por mi propio honor se debe perder hasta su memoria.» Su humildad era en cierto modo escesiva; á lo menos la baja opinion que de sí mismo tenia, llegaba al último extremo. Se le echa en cara con razon, y este era su único defecto, la indecision en el momento de resolver; pero todos convienen en que esta provenia únicamente de la poca confianza que tenia en sus propias luces. Jamás perdió la conviccion que le habia hecho renunciar casi invenciblemente el pontificado, á saber, de que carecia de todas las cualidades necesarias á un buen Papa. Asi es que, para

tranquilizar su modestia, solia decir á las personas á quienes pedia consejo, que no habia un solo fiel de quien no pudiese tomar lecciones para el buen gobierno de la Iglesia. Todas las desgracias y contratiempos que experimentaba la Religion, las atribuía á su incapacidad y falta de virtud, con tal persuasion, que lloraba por ellas amargamente y de continuo delante de Dios. Frecuentemente le sorprendian postrado en su oratorio derramando torrentes de lágrimas por su insuficiencia é indignidad, que eran á su modo de ver las causas principales de aquellos desgraciados acontecimientos. En una palabra, la humildad, que es la madre y guardadora de todas las virtudes, era en él tan perfecta, que hablando de ella el cardenal Tolomei, se espresaba siempre en estos términos: *Clemente XI es digno de ser amado por muchos conceptos; pero es admirable por el soberano desprecio que hace de sí propio.* Asi calificaba un Santo á otro Santo.

Siendo tan desprendido de la gloria y falsos bienes del mundo, lo fué tambien de todos sus parientes en cuanto le era posible. Asi es que dejó morir á su hermano Horacio Albani, á quien amaba tiernamente, sin haberle concedido empleo alguno, ni dignidad, ni distincion entre la nobleza romana. Tampoco se escedió en lo mas mínimo al señalar rentas á su sobrino, pues solo le asignó las indispensables para sostener su dignidad cardenalicia. Verdad es que le hizo camarlengo de la santa Iglesia romana; pero tambien lo es que solo le honró con el título y sus obligaciones, suprimiendo los emolumentos de que hasta entonces habian gozado los que ocupaban tan alto puesto. Cuando su sobrino Alejandro trató de casarse con la hija del conde Borromeo, virey de Nápoles, lejos de concurrir con sus regalos á aumentar las ventajas de este enlace, á duras penas le permitió que comprase con su propio peculio el marquesado de Sorriane, en los Estados pontificios. En sus últimos momentos preguntó dónde estaban su,

sobrinos: «Señor, le respondieron, el uno está en Viena; bien podria Su Santidad proveer en él una de las dos vacantes del Sacro Colegio.» — «No por cierto, replicó: bien sabeis que le amo con especial afecto; pero el único bien que le deseo en este mundo es que siga viviendo en el santo temor de Dios.» En una palabra, y con esto está dicho todo, en veinte y un años de pontificado, se puede asegurar que no aumentó en un real las rentas de su familia. Con tanta escrupulosidad llevó á cabo la resolucion que al recibir la tiara formó de no conceder cosa alguna á la carne ni á la sangre.

Por lo demás, solo la virtud podia inspirar á Clemente XI esta indiferencia para con sus parientes, ó por mejor decir, esta oposicion al acrecentamiento de su fortuna y de su grandeza, porque jamás hubo alma mas tierna y cariñosa que la suya, ni corazón mas espléndido y magnífico en sus piadosas dádivas. Su caridad con los pobres no tenia limites. En un año de carestia mantuvo á sus espensas ocho mil pobres que de todo el Estado eclesiástico habian acudido á Roma, remitiendo tambien abundantes socorros á Marsella mientras duró la peste. A su muerte se encontró una lista de mas de seiscientas familias que subsistian de sus limosnas secretas, y que todo su tesoro estaba reducido á unos sesenta escudos que le restaban á uno de las gruesas sumas empleadas en el socorro de los desgraciados. Su desinterés personal y su amor á los pobres eran ya su pasion dominante aun antes de su eleccion, en tales términos, que en todos los pueblos que gobernó como prelado, se señalaban con lágrimas el día de su traslacion, pues perdian los pobres en él á su verdadero padre. Aun recuerda Roma la consternacion en que se vió sumida el día en que supo que este Papa se hallaba en peligro de muerte, y es sabido que el momento en que espiró fué de luto y duelo para tantas familias á quienes ponía al abrigo de la miseria. Y ¿cómo olvidar

lo que atestiguarán para siempre los innumerables monumentos de su beneficencia, contruidos con tanta grandeza como solidez, y que desafian á la injuria y al olvido de los tiempos? Tales son el hospital de San Miguel, en que encuentra un pronto socorro la indigencia, cualquiera que sea el número de los que la padezcan; la casa de incorregibles, en donde las familias se descargan de los individuos que son su oprobio y su tormento; la de San Clemente, que sirve de asilo á la inocencia de las jóvenes; el hospital de Santa Marta, destinada para los criados del Vaticano; y la de los clérigos, en donde los eclesiásticos venidos de toda Europa para sus negocios, viven retirados del comercio y de los peligros del siglo; asimismo el hospital de los etiopes, el hospicio de los sacerdotes armenios y el de los religiosos maronitas, y la casa de los obispos de Mesopotamia, todos extranjeros, á quienes las persecuciones obligan frecuentemente á refugiarse junto al Padre comun de los fieles. Clemente, uniendo á su caridad la nobleza de sus inclinaciones y la grandeza de sus miras, construyó para provecho del público graneros tan abundantes y bien situados, que desde entonces pudo Roma creerse como inaccesible á los horrores del hambre. Para facilitar la importacion de cereales, hizo tambien construir un puerto en el Tiber tan cómodo como magnífico. Antes de su pontificado se miraba con igual descuido la conduccion de las aguas públicas que el transporte de granos; mas él hizo tambien componer los acueductos y las cañerías en una longitud, que hubiera desalentado á quien no tuviese un corazón como el suyo; y estendiendo su magnánima beneficencia aún mas allá de los limites de Roma; proporcionó aguas saludables á Civita-Vechia, que por carecer de esta circunstancia era una poblacion insalubre é incómoda. Mandó componer á sus espensas los caminos del Lacio, de la Sabina y de la

Romaña, y construir puentes sobre una mul-